

LUZ DE CANDIL

REVISTA LITERARIA DIGITAL

Nº 10, MAYO DE 2018

En este número:

Tía Mercedes

Solo se me para contigo

El glifo

Divagaciones literarias

Actínula de musa tranquila

A Sevilla de romería

A robar peras

Rumor

Estío

Soneto al paro



Revista literaria digital «Luz de Candil», número 10, mayo de 2018.



Imagen de portada: jplenio

Resto de fotografías: wapeapro, ivanovgood, Gellinger, Ciker-Free-Vector-Images, MIH83, Pumuki111, 1820796.

Producción y edición: Belén Conde

revistaluzdecandil.wordpress.com

Aviso: los derechos y responsabilidades de los textos que aparecen en esta revista pertenecen íntegramente a sus respectivos autores, por lo que la revista no se hace responsable ante eventuales quejas de terceros.

Esta es una publicación gratuita, cuya única función es la de divulgar obras de autores noveles para lograr con ello una mayor difusión de su talento. «Luz de Candil» puede descargarse gratuitamente desde la web siempre que se respeten los derechos de los autores, se mencionen las fuentes oportunas en caso de difusión y no se modifiquen ni exploten con fines de lucro, ni total ni parcialmente, los contenidos de la misma.

De conformidad con el Artículo 5 de la Ley de Protección de Datos, informamos a los autores de que los datos personales facilitados a «Luz de Candil» se encuentran recopilados en un fichero, y su función es meramente informativa. Dichos datos se encuentran disponibles en todo momento para su consulta, rectificación o cancelación (escribir a: luzdecandil@outlook.es)

EDITORIAL (MAYO)



Ya está aquí un nuevo número de la revista, en plena y hermosa primavera y con la promesa en el aire de un verano que camina en nuestra dirección. Es el momento de contagiarse del optimismo que nos regala la Madre Naturaleza para inspirarnos y componer hermosos poemas y pensamientos. ¿Quién no se deja seducir por esos rayos de sol que iluminan sin calentar demasiado todavía? ¿Con ese hermoso rosal que resplandece como si no fuera a marchitarse nunca? ¿Con el canto de los pájaros? ¿Con los últimos chaparrones del mes de abril?

Que disfruten de este nuevo número y no se olviden de participar en el siguiente.

Un abrazo y feliz lectura,

Belén

Creadora de «Luz de Candil»

ÍNDICE

<i>Relato: Tía Mercedes</i>	5
<i>Relato: Solo se me para contigo</i>	8
<i>Poema: El glifo</i>	16
<i>Relato: Divagaciones literarias</i>	17
<i>Relato: Actínula de musa tranquilina</i>	22
<i>Relato: A Sevilla de romería</i>	25
<i>Poesía: A robar peras</i>	27
<i>Poema: Rumor</i>	32
<i>Poema: Estío</i>	33
<i>Poema: Soneto al paro</i>	34

TÍA MERCEDES

Por: Ana Centellas



Hacía muchos años que no manteníamos contacto con la tía Mercedes, desde que tuvo lugar aquel absurdo roce entre hermanas que la separó de mi madre para siempre. Jamás llegué a comprenderlo; en mi mente de pequeña niña inocente no cabía ningún motivo con el suficiente peso como para separar a dos hermanos. Por aquel entonces, pensaba que nadie ni nada conseguiría separarme de mis hermanos. Han pasado los años y lo sigo pensando.

La tía Mercedes vivía dos bloques por encima del nuestro, en la misma calle. Era prácticamente imposible no cruzarse con ella en algún momento del día. Incluso llegué a pensar que era ella misma la que propiciaba los encuentros para alcanzar al menos la oportunidad de poder intentar solucionar las cosas. Mi madre siempre se mostró intransigente en demasía con respecto a este tema. Mis hermanos, mayores que yo, la apoyaban de una manera incondicional, de modo que el odio que mi madre llegó a desarrollar hacia su hermana anidó también en sus jóvenes corazones, creando una brecha en el seno de la familia imposible de salvar.

Ella siempre permaneció soltera y agradecía nuestra compañía cuando éramos pequeños con una bondad infinita. Fueron muchas las tardes que pasé en casa de mi tía, muchos buenos momentos compartidos a los que mi corazón no estuvo dispuesto a renunciar. Lo que mi familia nunca supo era que, desde que empecé a tener un mínimo de independencia, yo mantenía encuentros clandestinos con mi tía. Siempre fuera del barrio, de manera que fuese imposible que hubiese algún testigo. Nuestra relación siempre estuvo basada en un cariño incondicional, reforzada por el secreto que ambas compartíamos y que ella se llevó consigo a la tumba.

La noticia de su muerte supuso para mí un mazazo impresionante, más aún cuando sentí la indiferencia de mi madre y hermanos ante aquel suceso. Fui la única que acudió a su funeral, la única que la acompañó mientras su ataúd era introducido palmo a palmo en la fosa que ella misma se había asegurado para este momento, a sabiendas de que su propia familia no se ocuparía de ella. Lo cierto es que el dolor que sentí fue indescriptible, un sentimiento tan hondo de pérdida que era un auténtico desconocido para mí y una sensación de vacío irreparable, unido a la dolorosa impotencia que me provocaba sentir la frialdad de su propia familia.

Meses más tarde, una llamada telefónica me citaba para informarme de que era la única beneficiaria del testamento de tía Mercedes, que consistía únicamente en el vacío piso de su propiedad en el que había pasado la mayor parte de su vida. No me sorprendió. Acepté la herencia con agradecimiento y, con las llaves de su vivienda apretadas con fuerza en la mano que guardaba en el bolsillo de mi abrigo, me dirigí al piso del que guardaba tan buenos recuerdos de mi infancia. El olor encerrado de la soledad me abofeteó la cara en cuanto abrí la puerta, junto con el aroma invisible de una enfermedad de la que jamás me llegó a hablar. Levanté persianas y abrí todas las ventanas que encontraba a mi paso, en un intento por recuperar el aire fresco y limpio que en su día habitaba aquel lugar.

Cuando salí a la terraza, no pude evitar derrumbarme en un mar de llanto incontrolado. En el rincón más gastado de la misma, seguía aquella mesa sobre la que tantas veces había merendado, escuchando las mil y una historias que mi querida tía era capaz de recrear. El óxido la había recubierto por completo, al igual que a la silla que siempre la

acompañó. Sobre el asiento, el cojín que siempre utilizaba permanecía inalterable, como petrificado en el lugar, mostrando la ausencia de color como único elemento identificativo del paso de los años.

Me costó trabajo despegar la silla del suelo, el óxido había ejercido de un estupendo pegamento. Cuando lo conseguí, dejé caer el peso de mi cuerpo sobre el endurecido cojín, con una exhalación intensa y las lágrimas aún en la mirada. Sobre mí, en el cielo azulado de aquella fría mañana de invierno, creí ver la sonrisa de tía Mercedes acariciándome con dulzura desde un hueco abierto entre las escasas nubes que parcelaban la bóveda celeste. Sin duda, ella seguiría conmigo en aquella silla durante el tiempo que yo quisiese permanecer junto a ella.

SOLO SE ME PARA CONTIGO

Por: Andrés Lozada



Hay algo que no se ve y está pasando. Una imagen que no acaba de desvanecerse. Ansiedad supina. Una imagen como representación de la realidad y una realidad que pasa lejos de quien la define y más lejos aún de a quien representa. Hay una vertiginosa caída y un espectáculo difícil de ignorar. Imágenes escritas por el secular deseo de representar desde la nada la oscura angustia de la caída. El sueño es la ilusión de ahorcar el destino. No despierte. No se esfuerce. Déjese ir. ¡Vaya hacia la luz! Nadie lo espera. Destroce su cráneo contra los muros. La hoja es la necesidad de encontrarse en algún punto. La luz es la voz hecha carne, pelo largo y pollera cortica; la voz es un cielo cuadrado al alcance de un guante blanco.

Desenterrar es una aventura. Enterrar es resignar. Hay entierros imprevistos y muertos y escombros de los cuales hay que deshacerse para poder seguir. Hay entierros a los que ya no voy. De los que solo tengo unos viejos recuerdos que me avergüenzan, falsamente desvanecidos en la cotidianidad de todo, de una tarde prematuramente envejecida, de un cielo cada vez un poco más gris y de un suelo cada vez mucho más amarillo. El trayecto son los kilómetros que permiten que regrese a casa cansado y la soporte. Huele a mortecino, pero... aquí casi siempre huele a mortecino y los chulos celebran el banquete surcando el cielo ahorita una chimba, pero más tardecito llenito de agua, viento y frío. ¡Más chimba aún! Monto una burra de acero que me lleva a las piedras del Chivo Negro. Luego a Toche. Luego a El Castillo. Desde aquí adentro parece que en cualquier momento se destruye la escafandra. Es una sensación de siempre. Es un cansancio de a todas horas. Un enchonche desde la mañana. Nada muy real. Es mejor no tomarse nada en serio. Soy un enano aburrido atrapado en este cacharro antes desafortunado y libertino y ahora observador y reflexivo y resignado a la idea del milagro. ¡Milagro! Las cosas que tiene uno que leer... ¿sé? Un milagro es la idea de meterlo ahora mismo en un hueco lubricado por la rutina de un imbécil después de hacerlo en la boca de un caimán.

Aunque lo normal es que por aquí huelan a mortecino y que haya chulos rodeándolo no es tan normal que hieda tanto y que haya tantos chulos. Parece que la nube gris que se quiere comer al sol es en realidad una manada de carroñeros queriendo comerse todos los ojos tibios que engañan tanto. Me voy a un clarito. De cerca parece un cementerio con su respectiva llorona. Nunca había visto por estos lados uno. La mujer viste de luto, tiene un collar de dientes mordiéndole el cuello; está callada, absorta, con el peso del secreto de toda esa carne que descansaba dos metros bajo tierra. Miro a Jean y le doy un beso de la muerte enamorada que empieza a consumirla. Beso a beso me acerco más a ella, me alejo más de mí. Rasguño el vientre que me contiene y sangro tierra de las uñas. Me restriego los ojos. Te veo de noche, brillando cual fantasma ubicuo envuelto en una pollerita, con tu pelito sobre tus tetas redonditas, duritas, con tus ganas de andar parchada conmigo, y yo contigo detrás de un muro metiéndote mano, y tú desgarrándome desde adentro para poder clavarme el colmillo.

Allá sigue la viuda. Estática. ¿Estoica? Perfectamente oscura en sus ropas y ademanes y silencio. Miro al cielo, imagino el rostro tras el velo. El cuerpo de esa sombra. Esas tetas calibre 38, 37, 36 ¿b? Veeeeee, mirá esos pezones listos para destrozar mis papilas. Me cuesta trabajo recordar la última vez que culeé. A ver: ¿fue con esa mujer de 60 años de Villa Rica? Quería meterme todito adentro de sus fauces, que eran ella todita. ¿Fue con esa jovencita que gemía como un macho cabrío? Antes casi a todo, ahora todo es distinto: ahora solo se me para contigo.

El olor a boñiga se mete por mis fosas. Me encantan estos paseos al campo en bicicleta con Jane y con Alex Grey. El campo me huele a unas vacaciones muy lejanas. El campo es Édgar mostrándome los potreros que cuidaba. Se levantaba a las tres y media de la mañana para sacar y que le sacaran la leche. Ponía a los terneros a que se la lamieran con la lengueta calentita que después se comía guisada. Me decía que se salía la leche cada vez que mascaba ese manjar que se acordaba haber adobado. Decía que le gustaría poder chupársela él mismo. Él me presentó a Anita, hermana de su ternera. Al principio no estaba muy seguro. Pensaba en el culo de Dolores y en las piernas de Victoria para que se me parara en ese frío tan hijoputa de la madrugada. Pensé en ellas una sola vez durante unos segundos y con eso fue suficiente, la lengua de la becerra era tan buena que no tuve necesidad de seguir imaginando el amor erótico porque ahora lo tenía al frente y era el encargado de calmar esa arrechera desafortunada que me hacía cazar vecinas en el barrio para manosearlas bajo sus calzones meaos y para arrimárselo hasta donde lo permitía la torpe inocencia tras los árboles de eucalipto; la misma arrechera que me hacía restregársela a los perniles de mi colchón de rayas de cebra día y noche; la misma arrechera que me había hecho descubrir la paja en la cama donde hacía unas horas había muerto una doncella; la misma arrechera que me había hecho montar a un hijo de vecino que no sabía que hacía yo encima suyo pero que se dejaba porque estaba en el mismo sueño tenebroso y pantanoso y fogoso y también carecía de una guía moral ilustrada que mostrara lo que se debía y con quien se debía hacer en esos casos; la misma arrechera que me inspiraban las piernas de mi mamá y mis tías y las vecinas y las hijas y el viento que surcaba con la carrera al precipicio de la que nadie

sabía y que solo yo sospechaba en ese mundito mío de entonces, tan chiquito y tan ingenuo y tan libre y tan vale chimba.

Fuimos felices los cuatro aquellas gélidas vacaciones en el campo con el primo Édgar, Anita y su becerra, viendo primero las estrellas y amaneciendo el nevado entregados al placer de la lengua. Se terminó cuando al primo le dio también por conquistar gallinas. Las pobres no resistían los rigores del amor y dejaban un cuerpo tieso como evidencia. A Édgar lo sacaron corriendo de la vereda por “enfermo”, aunque se le veía mejor que nunca. A los terneros se los comieron una banda de perros salvajes que andaban sembrando terror en las fincas. Ya habían matado a una docena de reses, a media de gatos, a un niño de brazos caídos y a un borracho pedófilo que anda buscando amores. Entonces conocí a la mamá de Édgar. La tía me puso en su sitio y me mostró cómo era más o menos la vida en su finca. A mí ella me fascinó desde que la presentí. Me llegó como un fósforo a un chirrete. Se jactaba de ser la primera mujer del pueblo en venirse. Sabía que a su alrededor solo había mierda y la pisoteaba. Bailaba y culeaba cuando le provocaba; trabajaba la mente, la tierra y a los hombres y a las viejas; tomaba guarapo, cerveza y fumaba peche cuando, donde y con quien le daba la gana. Con ella se madrugaba y también se trasnochaba. Decían que dormía con los ojos abiertos, sobre el techo de su casa. Yo nunca la vi dormir, pero sí podar y ordeñar, sembrar y arar; me enseñó a tomar guarapo en totuma, a comer ají puro y a apagar el fuego con los frutos del mandarino que tenía frente a la casa; me enseñó a cagar en los cafetales y a limpiarme el culo con hojas de monte. Todo lo de ella me producía fascinación. Todo en ella y con ella me gustaba, pero lo que más me gustaba era sentarme a su lado a hacer muñecos de trapo. Les poníamos un nombre de alguien a quien le tuviéramos mucha bronca y le hacíamos un trabajo. Luego hacíamos uno de alguien a quien quisiéramos mucho y también le hacíamos su trabajo. Pero eso no era lo importante, lo era encontrar el relleno de los muñecos. A la tía le resultaba más fácil porque se le metía en la cama al que quisiera trabajar. Les arrancaba mechones de pelo, les robaba la ropa, les chupaba la sangre, les mordía y arrancaba los dientes y, a los que se entregaban demasiado, les arrancaba pedazos de piel y carne que quién sabe de dónde les quitaba la malparida. Fue cuando me exhortó a que le hiciera el entierro a las hijas de los

hombres que se culeaba. Yo tenía que esconderme y actuar con cautela, como un gato, cuando en realidad era un ratoncito ahuevado. Yo iba por los calzones roídos de Victoria, por unos manchados de Cleíto, por unos con un poco de sangre y vello púbico que me daba Dolores a cambio de dientes, y que ponía en un frasco de rollo fotográfico.

Pintaba las muñequitas que hacía con sangre y babas escupidas por sílabas unidas por los arrebatos de mi lengua excitada e irrazonable; les ponía pelos de cuca y los peinaba con esa arrechera que ya casi se me salía a gotitas. Luego las enterraba en el lugar de sus casas donde más tiempo la pasaran, las regaba con un poco de meaos y me ponía a investigar durante varias noches los resultados del trabajo.

Un día volvió Édgar y a la tía le dio mucha alegría. Llegó con mucha hambre y con muchas ganas de hablar. La tía trajo dos gallinas, mató una para hacer un sancocho y dejó la otra jugar a la madrugada; arrancó tres yucas, trajo papa, ahuyama, arracacha, plátano, cilantro, ajo, cebolla, tomate, limón, sal y ají, sirvió guarapo y trajo un petaco de cerveza. No dejaron de hablar y de contar las historias que no se conocían mezcladas con las cosas que habían hecho famosas durante tantos años juntos en esa vereda y en ese pueblo y bajo ese cielo estrellado como tantas otras noches que no conocieron fin y que convergían en esa tan especial en la línea de tiempo de mi memoria.

Salimos a bailar en los potreros morboseados por las estrellas y nos fuimos corriendo hasta la laguna Potosí. Nos desnudamos y nadamos y buscamos el tesoro que habitaba en las jetas desmuelgadas de la superstición. Nos arrancamos los pelos con los dientes y nos dijimos lo que queríamos escuchar con la boca llena de cansancio, de agua vomitada, de sed de otra noche, de otras risas, de otra luna retratada por la laguna y de otras promesas de tiempos peores. La tía me preguntó qué tanto me corría el cuero, yo le dije que tenía novia. *-Una lengua de ternero no es una novia, un colchón no es una novia-. -¿Un amigo?-. -Esas son maricadas-. -¿Y mis amigas?-. -Esas tampoco son novias. Concéntrate en los entierros-*. Me tomó entre sus manos, me envolvió en una sábana que olía a chocolate y me pegó con babas melifluas. Luego me fumó lentamente hasta que me consumí en sus plones.

El campo es una caricia a Victoria. Venimos hablando desde el pueblo y nos metimos por los alambres de púas a la Laguna del Caimán. Se le voló a su mamá y me pidió que antes de irme la botara al pasto, le subiera la falda y le hiciera sentir que nunca más me alejaría de ella. Le di el entierro que había estado preparando y me fui nadando bajo el reverberar amarillo que ahogaba mis ojos; me fui derecho a la boca del caimán y me hospedé en su panza hasta que me despertaron los colmillos de un jaguar hambriento y envalentonado por todas las hojas de caapi que se había comido. No sabía qué soñaba; me quedé en sus ojos y me dejé llevar por el olor de la piel desnuda de Victoria durmiendo en el pasto, descansando en el sueño de una falsa coral a la que le quitaban las patas y el veneno para que no pudiera lastimar a nadie más que a ella misma con la incertidumbre del destino que le espera en las tinieblas entechadas con plantas y suelas y filos de machetes ciegos y estúpidos.

La tía es una flor carnívora que vomita y que se contiene a ella misma; un hermafrodita que se basta para soñar con su placer; la tía son unos labios que me fumaron la cabeza y una suela que me aplastó cual colilla. La tía es una fiera que se fue corriendo a buscar a Édgar para encontrarlo metido en el culo de la gallina que nos íbamos a comer en otro sancocho o que a lo mejor nos iba a limpiar el alma y la piel y la cabeza de las malas energías que habíamos recogido de tanta gente solapada, gazmoña y fulera que se encontraba uno a diario, de tanto mortecino y de tantos gusanos y de tanta peste que le pegaban a uno los finados que habían quedado mal enterrados y que con solo estirar la pata ya estaban con un pie en el campo que los vio nacer y morir y que todavía no los había enterrado a pesar del olvido al que obligaba la diaria jornada y el diario esfuerzo de andar de aquí para allá hasta que todo se funda en una bola de fuego y mierda empujada por un escarabajo hipnotizado. La tía se le fue encima y no lo dejó decir ni muuuuu cuando ya le había arrancado de un mordisco su herramienta. Lo desnudó y lo dejó desangrándose y revolcándose en su sangre, que era también la sangre de ella, y en su dolor, que era solo de él, y con su verga en la boca, como siempre quiso vivir. Con la camisa del eunuco hizo un muñeco al que rellenó con las plumas de la gallina muerta. Bebió la sangre del ave y de su hijo, tragó un poco y el resto la escupió en el muñeco. Puso la boca con dirección al cielo, estiró los labios y aulló como una loba, invocando

unas arcadas que no pudieron sacarle de la lengua una sola de las palabras con las que se podría haber justificado, que en cambio le trajeron del pecho a la boca un corazón verde y amarillo como la laguna del caimán en la que se sumergía la idea de escudriñar el miedo que limita la realidad. El corazón lo metió en el muñeco y con un beso le dio un poco de la vida que se había robado de tanta carne insignificante. Salió corriendo y se fue a esconderlo para que alguien algún día la encontrara y se ganara el regalo que allí dejó. Édgar se arrastró y se arrastró hasta los cafetales, hasta ahí no más porque lo agarraron los perros que andaban comiendo monte y lo destrozaron con los mismos colmillos que probaron la rica carne de Anita y su hermana. Yo le saqué del cráneo un par que los verdugos enterraron y no pudieron desenterrar. Yo regresé de donde fuera que estuviera y este se me ha venido convirtiendo en un recuerdo secular, cada vez más dudoso. Ahora pienso que tal vez nunca la conocí. El primo Édgar puede ser un aberrado cualquiera respirándole en la nuca en este momento, uno que lo manosea o al que usted manosea, uno que lee al lado suyo, su propio reflejo en un espejo oscuro, reconociéndose en estas palabras. Tal vez usted es el ternero y no tardan en echarle muela. Puede que sus encías sangren adobo de simiente. De pronto la tía es una puta maravillosa seduciéndolo en la calle antes de arrancarle los dientes de un beso.

Voy derecho a la viuda negra. Puedo jugar a que es cualquiera con un culito huesudo y rico, como para un caldo. No se mueve. Es un montón de capaz que desaparecen cada vez que la miro. No hay lápida; huele a un muerto que no se pudo escapar. ¿Estará bien enterrado? Los muertos andan encadenados a la tierra por la gravedad. Pasean y mueven el culo como si no fueran parte de la máquina que los inventa. Ahora soy un perro que busca su premio. Escarbo en la tumba con la viuda en los ojos, con las babas en la jeta inmolándose contra la tierra. A medida que escarbo más hondo voy sintiendo los pantalones más y más mojados. ¿Me habré meado del miedo? Sigo en lo mío. Siento que puedo llegar a lo que sea que esté buscando. Me toco la entrepierna y la mano casi se me va por un hueco muy hondo hacia afuera y hacia adentro. Tengo las uñas llenas de tierra y sangre. El enano tose, el cuerpo escupe sus dientes, los ve caer uno a uno sobre la tierra. siente el polvo, la ruina, la inminencia del desastre, el choque secular de las placas tectónicas. Los gritos. La empalagosa generosidad. El llanto. Las canciones.

La esperanza envuelta en plumas negras de gallina culeada y despescuezada. Una mirada viéndome desde los estigmas en las plantas de los voluntarios. Lo miro y tiene unos ojos de Morelia. Vino a desenterrar la deuda que tiene con los remordimientos heredados en la sangre. Vino a desenterrar la muerte y se encontró con mis manos buscando algo que no se me había perdido. Me acosté a contemplarlo y sus palabras fueron lluvia de simiente enterrándome en vida. Y la tierra se me salió de las uñas y mis manos fueron raíces de una mata de amapola creciendo en un campo abonado por el recuerdo de cabezas decapitadas y adornadas con el corte franela.

Al final de esta vuelta soy solo un mal sueño del que creí haber despertado. Soy una decisión que tomaste. Soy una voz creciéndote en el vientre, una imagen incómoda, un entierro, una forma que viene; soy tu mama y tu taita, un caimán, una serpiente, una luna amarilla sobre botas de caucho, un becerro, un orgasmo, un cadáver que no sabe dónde existe, un muñeco de trapo ahorcado con pelos y relleno de plumas, unos perros vengando a ciegas, la sangre que se te escapó, una decisión que no contemplaste, una viuda que no llora a ningún muerto, un taladro atravesándote el cráneo; enloquece conmigo, nademos juntos en la laguna azul, amarilla, roja y verde, quítame la sombra de los ojos, desordena el tiempo cuantas veces se te ocurra, revolquémonos en el corazón de un cocodrilo y vomitemos las lágrimas de un eunuco, bailemos sobre los cadáveres que sueñan con la vida que se les mete por los poros; sígueme en el engaño y finge que lo sabemos todo, que aquí empezaron a rodar las primeras cabezas de una revolución y que somos el sueño de unos muñecos de trapo enterrados en un cráter lleno de amapolas que se reflejan en los ojos de un caimán hambriento que mira a la luna.

EL GLIFO**Por: Gibrán Castillo**

La	<i>Este glifo</i>
neblina	<i>representa</i>
ya	<i>a Tláloc</i>
no	<i>dios de la lluvia</i>
disponible	<i>para la cosmovisión mexicana/</i>
para que	todos simulamos escuchar
la consulten	y algunos vemos
los dioses	cómo
en	se angustia
sus días	el glifo
de ocio	quizá
Sólido,	mucho más
labrado,	que cuando
insensible	en verano
al tacto,	el ruido del haz
resiste	solar araña
el glifo	el rostro la máscara
ante el	o más que cuando
infantil hálito	la lluvia quiere
Un guía de turistas	borrar la gris áspera
recuerda de algún	pluvial máscara
texto (una reseña de la historia	ahogarla
mexicana)	hasta que parezca
y grita textualmente	un pozo en donde se pierden
un magnavoz	las palabras que laceran
amplifica párrafos	al rostro de ese dios
de la reseña de la historia	anémona que se oculta
mexicana:	en el sueño amplificadas

DIVAGACIONES LITERARIAS

Por: Juan Alberto Campoy



El escritor colombiano Gabriel García Márquez se consideraba a sí mismo un mero contador de historias. No dudo de que sea cierto, pero, en tal caso, él sería el “mero mero”, expresión ésta con la que en Guatemala se designa al número uno, a la máxima autoridad en cualquier materia. Al que “parte el bacalao”, que diríamos a este lado del charco.

Un buen relato precisa de un buen narrador. No hace falta que sea García Márquez, pero no todo el mundo vale. Un buen narrador necesita reunir ciertos dones naturales: gracia, ingenio, talento etcétera. Pero también ha de estar pertrechado de un buen arsenal de tipo teórico: un vocabulario rico, una sintaxis rigurosa, un dominio suficiente de los distintos niveles del lenguaje (coloquial y literario), una cierta sabiduría para dosificar la información (lo que le permitirá tener enganchado al lector) etcétera.

Alguien decía que hay dos clases de personas: aquellos que dan la vuelta al mundo y lo

cuentan como si hubieran dado la vuelta a la esquina, y aquellos que dan la vuelta a la esquina y lo cuentan como si hubieran dado vuelta al mundo. Los buenos narradores pertenecen a esta segunda clase.

Así pues, para atraer la atención del lector, o del oyente, para mantenerlo cautivo con nuestras palabras, es casi más importante la forma en que se cuentan los hechos que los propios hechos contados.

Pero los hechos, las historias, son importantes. Y mucho. He aquí el inicio del Canto VII de Altazor, poema de Vicente Huidobro: “Al aia aia/ ia ia ia aia ui/ Tralalí/ Lali lalá/ Aruaru/ urulario/ Lalilá/ Rimbibolam lam lam/”. Quizá sean estos unos versos sublimes. Quizá hayan sido compuestos con una destreza técnica incomparable. Quizá tengan una extraordinaria musicalidad. No digo que no. Pero la verdad es que no me interesan demasiado. Bueno, en realidad no me interesan en absoluto. Yo necesito que el autor (el narrador, hablando en puridad) me cuente algo que me seduzca, que me haga pensar, que me remueva interiormente. O todo ello a la vez. Yo quiero, por ejemplo, que el autor exprese su tristeza por la pérdida de su amante, o su melancolía por la constatación de la inevitable fugacidad de la vida, o su alegría por la aparición de un amor repentino e inesperado. La poesía que se limita a ser un ejercicio formal es una poesía muerta, un cascarón vacío, un entretenimiento sólo apto para eruditos, para frikis y para frikis eruditos.

Decía Oscar Wilde que solo hay dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo. Claramente este buen hombre estaba equivocado. Pero, con un par de retoques que hagamos a la frase, nos acercaremos bastante a la verdad: “solo hay dos reglas para escribir: tener algo interesante que decir y decirlo de forma literaria”. Ciertamente, sobre las dos palabras añadidas se podrían escribir (y supongo que se habrán escrito) ríos de tinta. Empezando por la última, nos topamos con el problema de saber en qué consiste eso que llamamos “estilo literario”. Y siguiendo con la primera, nos topamos con el problema de saber cuáles son los temas que pueden ser considerados interesantes, cuales son las historias merecedoras de ser contadas. Es obvio que yo no tengo las respuestas. Respecto a la primera cuestión, ya apunté algo un poco más arriba, y no voy

a decir más porque tampoco sé mucho más. Respecto a la segunda cuestión, solo diré que Borges sostenía que nada más había cuatro tipos de historias: la ciudad cercada, el regreso, la búsqueda y el sacrificio de un dios. Un poco tajante este hombre. Y un poco sesgado hacía las historias clásicas: en su clasificación se vislumbran nítidamente “La Iliada”, “La Odisea”, “Jasón y el vellocino de oro” y “La Biblia”. En resumen, no comparto en absoluto su criterio, a pesar de no disponer de uno alternativo.

Después de una larga temporada sin escribir nada, estaba una mañana con la caña preparada a la busca de una historia que contar, dando por supuesto que, a pesar de mi carencia de un marco teórico adecuado, una vez que la misma apareciera, la reconocería de inmediato y me daría cuenta de que aquella era una buena historia, una historia como Dios manda, una historia digna de ser relatada. En concreto, me hallaba leyendo un suplemento cultural, cuando me di de bruces con la siguiente historia, contada por la escritora Laura Ferrero:

El día 19 de enero de 1936, en el Yankee Stadium de Nueva York, el boxeador alemán Max Schmeling, conocido como “El perro nazi”, derrotó por KO a Joe Louis, un púgil estadounidense negro, apodado “El bombardero de Detroit”. El vencedor del combate alardeó de su victoria y afirmó sentirse orgulloso de su raza, la raza aria. Un par de años después, el 22 de junio de 1938, Joe Louis se tomó cumplida revancha y venció a Max Schmeling en poco más de dos minutos. Posteriormente, sentenció: “Estoy muy orgulloso de mi raza, la raza humana”.

No es una historia buena: es buenísima. Hace falta estar ciego para no darse cuenta de ello. Tal y como está escrita, sin más ni más, podría ser considerada un microcuento. Ahora bien, manteniendo su núcleo, su moraleja, este relato podría alargarse y transformarse en un cuento, en una “nouvelle” o en una novela, dependiendo de las preferencias y de las capacidades de cada autor. Bastaría para ello con documentarse adecuadamente sobre biografía de los personajes, sobre su psicología, sobre la historia de los primeros años del nazismo, o sobre el movimiento por los derechos civiles (concretamente, de los negros) en Estados Unidos.

El problema es que la historia es básicamente falsa. Quizá eso no debería ser un problema. Pero lo es. Al menos, para mí. En principio, el hecho de que un relato sea real

o no lo sea debería ser indiferente a la hora de valorar su calidad literaria. Tal circunstancia sólo debería influir para catalogarlo dentro de ficción o de no ficción. Pero lo cierto es que, de manera tal vez injustificada, la veracidad de un relato, su carácter histórico o real, le confiere un valor añadido.

Me estoy acordando ahora de la historia de “El beso del Hotel Ville”. Se trata de una conocidísima foto en la que aparece una pareja de jóvenes parisinos besándose apasionadamente, por completo ajenos al mundo que les rodea. Muchos años después de haber sido tomada, otra pareja afirmó reconocerse en ella y demandó al fotógrafo, Robert Doisneau, exigiéndole una parte de los ingresos derivados de su difusión. Finalmente, el fotógrafo ganó el pleito. Lástima que, para ello, tuviera que reconocer la verdad: que la foto era un montaje. Los dos amantes eran en realidad dos estudiantes de la escuela de arte dramático contratados para la ocasión. Antes y después de que se descubriera el pastel, la foto siguió siendo la misma. Nada en ella había cambiado. Y, sin embargo, dejé de verla con los mismos ojos. Ya no me transmitía las mismas sensaciones. Era la misma foto, pero era una foto distinta.

Algo similar me ocurrió al enterarme de los errores contenidos en el relato de Laura Ferrero. La verdad es que Max Schmeling no era nazi. De hecho, tuvo problemas con el régimen nazi por negarse a prescindir de su agente Joe Jacobs, de origen judío. El boxeador alemán nunca dijo sentirse orgulloso de la raza aria. Otra cosa es que las instituciones alemanas utilizarán sus éxitos como propaganda. El apodo “perro judío” no se lo puso él, sino la prensa estadounidense para escarnecerle. Él siempre se consideró amigo del púgil estadounidense, al que ayudó económicamente. Por último, la supuesta replica de Joe Louis en el combate de revancha nunca existió. Fue el periodista deportivo Jimmy Cannon quien sentenció: “Joe Louis es un orgullo para su raza, para la raza humana”.

Una vez me enteré de todas estas falsedades, solo me quedaron tres opciones: cambiar los nombres verdaderos por nombres ficticios en el relato; componer un relato nuevo, fiel a los hechos (que ahora se me antojaban mucho menos literarios); o escribir estas divagaciones que ahora concluyen.

ACTÍNULA DE MUSA TRANQUILINA

Texto y foto por: Daniel de Culla



Hoy me voy a fijar con mi lira buena o mala, preciosa, que, por gracia innata y autodidacta alumbra mi entendimiento, en escritores y poetas con vitola y sin vitola, que se presentan en alternancia de generaciones, y no dicen nada, ya que la gran mayoría de ellos son triponides y mierdusos, pues su lengua no produce milagro alguno y su huerto productivo no está más que en las aguas profundas o en cloacas.

El manubrio o la torrija brillan por su ausencia, mientras, en cambio, en los oradores políticos, estos se presentan como órganos visuales sobre todo si son caritativos y perseguidores de todo enemigo con mucho rigor.

Hay escritores y poetas solitarios y coloniales. Y los hay de agua dulce sacro facha en estado mierdusoide. Unos se colorean de verde; otros de hidra parda: cristianos, honrados y prudentes que mantienen su casa con el sudor de su frente; o eso cantan y dicen ellos.

La generación mierdusoide de hoy, de perradios y labios alargados, se presenta con órganos estáticos e institucionales provistos de un macizo exosqueleto calizo. Son autores modernos atacados generalmente por un orden establecido. Son los tranquilinos que se sitúan al borde de un paraguas.

Otros, más comunes en nuestras cuadras y corrales, son producto de una actínula de musa tranquilina sexualmente madura, más dura, que tiene un huerto donde allí coge cosecha del fruto que el tiempo tranquilino trae, particularmente intenso, y que beneficia a individuos soplapoides y mierdusoides.

En Méjico, por seguir un ejemplo, por la mañana, en domingo, como siempre acostumbran, se presentan como narcomierdusos provistos a menudo de un largo filamento aprehensor, a veces muy criminal y venenoso; y son ramplones del Verbo y la Palabra en su abertura oral reducida.

Los escritores y poetas mierdusoides están diferenciados en campanas natatorias que suenan porque tienen que dar un recado, y sirven para la flotación del verso o el renglón, mirando de lejos los gorriones que todo lo echan perder, dejando el cerebro a pájaros.

Están, también, los escritores y poetas calcóforos, ermitaños del Verso, plagiadores más o menos solitarios, y cornúpetas, que alcanzan la madurez tirándose a la Eudoxia de turno; su Musa intercalada en los radios de tercer orden de su inspiración que entra en huerto ajeno y pica su sembrado.

Y, luego, los sexóforos, que forman un grupo más vasto, que cuidan y echan alpiste a su pájaro de amor dispuesto a lo largo de un estolón filiforme, y tienen un cerebro discoidal atabacado, apareciendo sus rostros en la cara inferior del disco que han grabado o van a grabar.

Se les ve, también, en las aguas litorales y clitorales, o extendidos sobre las playas después de las marejadas, del Cantábrico al Mediterráneo, enseñando su preponderante miembro en estado transitorio de desarrollo y erección.

En todos ellos, la métrica o el verso libre, o la longitudinal escritura son constantes. En sus bolsas gástricas sucumbe la Musa que se inserta en ellos a través de un embudo en forma de cáliz con un corto pedúnculo.

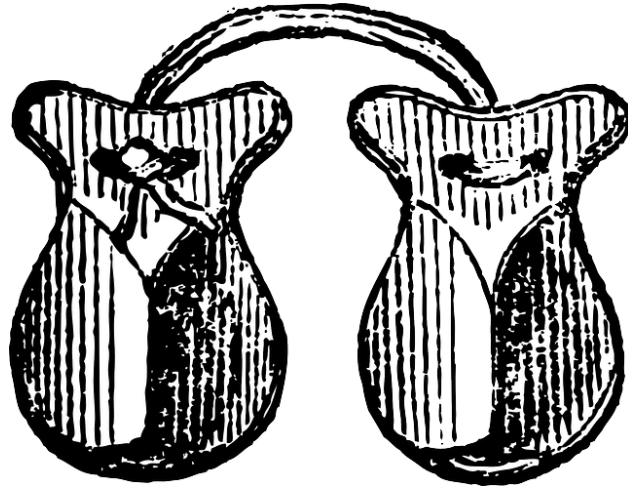
No nos olvidemos que están los esquizóos, encerrados dentro de una habitación, que se presentan sin ausencia de celo, su cabello abundante de caspa, pudiendo asumir los caracteres de un verdadero escritor o poeta, presentado sus escritos una consistencia cartilaginosa. y una métrica característica, con sus órganos sensoriales al margen.

Los labios orales y del manubrio en poetas y poetisas, escritoras y escritores se presentan notablemente desarrollados. A veces, se pueden comunicar entre sí, formando un seno marginal que comunica con el exterior por medio de páginas excretoras o clavas sensitivas que se presentan en forma de maza o clava.

Las mofetas olfativas y los mierdusos que compran sus libros y no les leen, y aunque les lean, presentan incluso celos visuales por ellos.

A SEVILLA DE ROMERÍA

Por: Daniel de Culla



Hoy le voy a cantar a mi Burro sevillano que lleva puesta la corona de san Fernando Guarnecida de clavos de bronce, atado a una llave curiosa e interesantísima por sus Rebuzzos grabados que revelan el estado de las Artes asnales de aquella época idéntica a la nuestra.

Por rumiar la dulce yerba de sus sueños en el dormitorio de los Reyes moros en el Alcázar, fue llevado y vendido en el mercado de ganados; comprado por un general, para servir como un hazmerreír de sus hijos e hijas.

Por su susto y pena, se le vio a la primera que, aunque parecía Asno, más bien era Jumenta, pues así parecía cuando se ponían los rayos del sol sobre la albarda como si fueran plumas.

-Papá, yo quiero montarlo, pasear por Sevilla e ir de romería.

-No hija, no-el padre le respondía-. Porque tu pelo tan largo se confundiría con la cola del Borrico, y atraerá las moscas cojoneras.

La niña no hizo caso, marchando con el Burro todos los días montada a la jineta cuando el padre estaba de servicio, yendo hasta la puerta del palacio de san Telmo; hasta la de

la iglesia de san Pedro donde fue bautizado Velázquez y, aquí, el Burro Rebuznaba bien recio; hasta la puerta de la Macarena donde el Burro lloraba por los pecados de todos los hombres y más, por los de los sevillanos Rebuznando.

También, en la casa de Pilatos donde el Burro alzaba la pata y cuesqueaba al mismo tiempo que Rebuznaba con el belfo bien alto.

Un día, yendo hasta la puerta de la Catedral, al bajar del Burro, se le cayeron las bragas, diciendo:

- ¡Maldita sea la braga y maldita sea yo!

Un viejo verde tripudo, parecido a un canónigo de la Catedral, nada más verla, de ella se enamoró, acercándose a ella para decirle al oído:

-De amores por ti me muero yo.

El Burro que lo escuchó, le soltó con las dos patas traseras un par de coces contra su aguijón, mandándole a coz y bocado a hacer puñetas en la feria del lugar, librando a la niña de adoptar medida violenta e ineficaz como meterle una puñalada.

Montada, de nuevo en su Burro, y como “la coz de la niña no hace mal al Burro”, le dijo, dándole un taconazo:

- ¡Arre, Burro, arre!

A ROBAR PERAS
Por: Daniel de Culla



El otro día precioso fui con mi amigo
A robarle peras al tío Toyama
A su huerta tan inmensa
Que tiene árboles frutales, una piscina y cerezos
Y, entre los surcos de la tierra
Algunas ratas blancas
Y ratas grises monohíbridas
Algunos conejillos de Indias negros de pelo corto
Y otros blancos de pelo largo.
Así que, cuando me coloqué

Debajo del peral, mi migo justo al lado
No me di cuenta que el tío había colocado
Unos ganchos punta arriba
Formando corona alrededor del tronco
Tapada con hojas y ramas de nogal
Para que quien osara robar una pera
Se fuera con un castigo
Y terminase, como poco, en urgencias
Para ponerse la vacuna contra el tétanos.
No llevaba yo calzado apropiado
Pero como un valiente tonto
Que saca pecho a la primera
Iba cogiendo peras y más peras
Grandes como melones chiquitos
Que iba dando a mi amigo para meter en un saco
Sin darme cuenta de que las agujas
Me traspasaban la suela del calzado
Pinchándome hasta el calcañar.
Hoy era domingo
Y porque soy caritativo
Y perseguidor de mi enemigo
Me cagué en la madre que le parió
Y a una jaula que traíamos llena de tordos peregrinos

Para hacerle la puñeta al tío
Le abrimos la portezuela
Y todos salieron a vista de escorzo
De lado y desde el dorso
Anunciando en su aleteo y su piar:
-Tío Toyama, tío Toyama
No tengas tanto cuidado de los pajaritos
Que hay otros pájaros que son más listos
Yéndose a los cerezos, dejándoles pelados
Aunque el tío hubiera colgado de sus ramas
Cuervos matados
Y algunos discos de vinilo para asustarlos.
No nos dolía el sudor de la frente del tío
Con el que cuidaba la huerta muy honradamente
Donde allí cogía cosecha de los frutos
Que el tiempo traía.
Era mañana, como digo, de domingo
A la hora de la misa
Que el tío, como todos los paletos, no olvidaba.
Cargaditos de peras y manzanas
Lo primero que hicimos fue ir a urgencias
Sin necesidad de ponernos la vacuna contra el tétanos.
Al caer la tarde, el tío bajaba siempre a la huerta

Y cuando vio que sus perales y manzanos preferidos

Habían sido pelados

Lo mismo que los cerezos por los tordos

Comenzó a despotricar

Disparando su arma de perdigones

Contra los cuervos colgados

Y contra los vinilos

Se cagó en la madre que parió a Panete

Y en la perrita Marilín de la novia que le dejó por otro

A los cuatro vientos gritando:

-Malditos seáis los que habéis dejado huella en el sembrado

Y en la corona de púas de alambre, sangre

Prometiéndose ir a urgencias a preguntar

Si algún ladrón había venido a ponerse

La vacuna contra el tétanos

No sin antes entrar en la cochera

Donde guardaba un destartalado tractor

Y un cañón unido a una bombona de butano

Con el que disparaba para ahuyentar a los tordos

Metiendo ruido.

Como uno no se consuela si no quiere

El tío se consoló al notar

Que no le faltaba ningún pollo andaluz

Cruzado de pollo negro con blanco
Ni ningún pollo con cresta en guisante
Y cresta en roseta
Y que la cordera de raza Dorset
Al fin, estaba de parto.

RUMOR**Por: Gibrán Castillo**

Dicen que llevas contigo siempre,
entre las páginas de tu Sagrada Biblia,
una imagen primera, desnuda y viva:

dos pestañas melíferas,
dos torrentes autumnales,
un desierto agostado y secreto,
púrpura y lejano de aquellas
ruinas forestales— edificaciones
en donde, dicen, tu voz estrecha,
amorosa y pesada todavía se escucha.

Dicen que cuando en tu celda entras,
te diriges sola y salina a tu lecho,
y en el urente mueble te agostas
entre tu llanto de violetas repleto
y el fulgor del vuelo de avemarías,
porque aún ese eco abre heridas,
porque aún ese eco el deseo te ilumina,
porque aún en el sueño a través de
anémonas
huyes, huyes, huyes, transitas—y te
asfixias—,
como si en el buscar a un astro carnal
se te fuera tu breve muy breve vida,
bajo la carnívora ansia de tu cuerpo,
ansia oculta en la arena y en la luna,
ansia que consigo nada lleva,
ansia branquial, acústica y ligera.

dicen que de aquellos tus labios nacen
tan sólo
versículos de Cantar de los Cantares
extraídos,
y dicen que no los susurras a divinidad
amorfa
omnipresente alguna, sino al oído de
aquella
mujer, la primera en ti viva y dentro de ti
desnuda,
presente en las sanguíneas páginas de tu
Sagrada Biblia.

Dicen sobre ti tanto, amor mío,
¿mas, acaso, amor mío,
los implacables y cenagosos críticos,
son tus hermosos ángeles guardianes,
criaturas completamente encarnadas
en tus redes neuronales?

Dicen de ti y demasiado, amor mío,
aquellos sonámbulos mosquitos,
que tan sólo basta el fulminante castigo
de ciertas domésticas armas
para callar tanto, demasiado
rumor de sonámbulo zumbido.

ESTÍO

Por: Carmen Barrios Rull

Sin agua está la fuente y la sequía
de tanto campo expuesto al sol severo
va calentando amor el alma mía
que quiere arder por ti con este fuego.

Con este fuego yo me voy quemando
y tú te quedas impasible, quieto,
¡hay tanta sed en los trémulos labios
no te distancias por temor de un beso!.

Hay tanta vida en un campo de espigas
¡y tanta luz en un trozo de cielo!...
mas vete sí, si no sabes quererme
puedo modificar y hacerte nuevo.

No es la primera vez de una renuncia
de un corazón remando contra el viento,
sin agua está la fuente y la agonía
se extiende en la pradera con lamentos.

Mas vete sí, vendrán más primaveras
y lluvias a raudales y momentos
de floraciones, vida, savia nueva
lo nuestro fue, un imposible sueño.



SONETO AL PARO

Por: Carmen Barrios Rull

Llorar por la calle La Princesa
como ser golpeado, deprimido,
andar tropezando sin motivo
oyendo risas jóvenes y frescas...

Sentirte en el vacío, acompañado
y no tener la protección del nido,
estar de más en un mundo festivo
que pasa tan jovial, desenfadado.

Llorar ante una luz de pesimismo
que ríe de ti, sonámbulo sin tierra,
debajo de tus pies está el abismo.

Delante lo fatal, la nube negra...
que ha de tragarte sin más puro
lirismo
en una sociedad que pide guerra.



COLABORADORES



Ana Centellas

Andrés Lozada

Gibrán Castillo

Juan Alberto Campoy: Ha escrito cuatro libros de relatos cortos: *Una Gavilla de Cuentos*, *Totum Revolutum*, *La Realidad y otras Ficciones* y *Relatos Verídicos y Casi Verídicos*.

Daniel de Culla

Carmen Barrios Rull: Autodidacta, aficionada a la pintura, manualidades y poesía. Natural de Almería, residente en Leganés (Madrid).



REVISTA LUZ DE CANDIL - NÚMERO 10